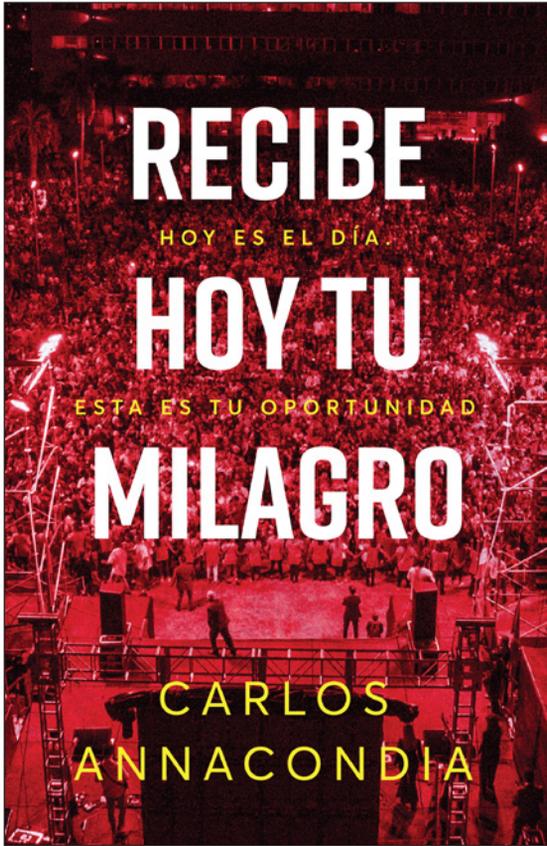


RECIBE HOY TU MILAGRO
CARLOS ANNACONDIA



MATERIAL DE PROMOCIÓN



PENIEL

BUENOS AIRES - MIAMI

www.peniel.com



Recibe hoy tu milagro
Carlos Annacondia

MATERIAL DE PROMOCIÓN, PROHIBIDA SU VENTA

Editorial Peniel

Boedo 25

Buenos Aires, C1206AAA, Argentina

Tel. 54-11 4981-6178 / 6034

e-mail: info@peniel.com

www.peniell.com

ISBN 978-1-949238-13-6

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional (NVI), a menos que se indique lo contrario. Copyright © 1999 por Bíblica, Inc.

Diseño de portada e interior: Arte Peniel • arte@peniel.com

©2020 Editorial Peniel

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes vigentes.

CONTENIDO

Introducción	7
CAPÍTULO 1	
Toca las vestiduras del Maestro	9
CAPÍTULO 2	
El poder del perdón.....	17
CAPÍTULO 3	
¿Quieres ser sano?.....	45
CAPÍTULO 4	
Hay esperanza	59
CAPÍTULO 5	
Resucita tu esperanza	101
Conclusión	119
Oración	123
<i>Bonus track:</i> Humillados	125
Sobre el autor	137

INTRODUCCIÓN

Dios nunca llega tarde, siempre llega a tiempo. Quizás hayas pensado que este es un momento difícil en tu vida, que ya no hay más esperanzas, que Dios te dio la espalda. Permíteme asegurarte que ninguna de estas cosas es verdad.

Seguramente hay interrogantes en tu vida que no han tenido respuestas, pero el Señor quiere responderte hoy a través de las páginas de este libro.

Durante treinta y cinco años de mi vida creí en Dios, así me habían enseñado desde pequeño, luego llegó un momento en el que no me alcanzó solamente “creer en Dios”. Necesitaba algo más, necesitaba una respuesta de parte de Él y no sabía cómo obtenerla. Precisaba encontrarme con el Señor y conocerlo en intimidad.

Yo creía que Dios estaba en el cielo, distraído, ocupado con tantos problemas que le causaba este planeta: guerras, violencia, inseguridad. Nunca imaginé que Él podía conocerme tanto y que sabría tantas cosas de mí. Fue una gran sorpresa el día que me encontré con Jesús y entendí

que Él me conocía perfectamente, como un padre a su hijo.

Si estás decidido a buscar a Dios, debes saber que está cerca de ti ahora mismo. Jesucristo es la respuesta que tanto has buscado. Él es la respuesta para tu vida y para tu familia.

Si buscas con sinceridad al Señor, lo hallarás. Él conoce tu vida y cada uno de tus problemas. Sabe que necesitas alcanzar ese milagro que buscas y que no logras encontrar. Él es poseedor de ese milagro y está dispuesto a entregártelo para que puedas hallar la victoria que tu vida necesita.

Hoy es el día. Esta es la oportunidad para recibir tu milagro.

Capítulo 1

TOCA LAS VESTIDURAS DEL MAESTRO

El poncho rojo

Era uno de los días más fríos del año cuando decidí ir a una Cruzada con el evangelista Carlos Annacondía, en la ciudad de La Plata. La salud de mi esposo Juan Antonio se deterioraba con mucha rapidez. Una neumonía aguda lo retenía en cama, pero según los médicos no sería por muchos días. Se despedía de cada persona que lo visitaba, con la certeza de que ya no los volvería a ver. Su voz era cada vez más tenue. Su conversación, agitada y muchas veces teñida de sangre. La infección en sus pulmones era total e irreversible.

Llena de angustia y desesperación llegué a la

campañá esa noche fría. Las alabanzas y coros me alegraban. A pesar del tiempo, el gentío era tal que casi no podía ver la plataforma, estaba lejos. Esa noche escuché hablar de un Jesús compasivo a quien, hasta el momento, no había conocido. Recuerdo que el mensaje hablaba acerca de una mujer muy enferma quien, a pesar de la multitud que rodeaba a Jesús, se atrevió a tocar el borde de su manto. Era tan sencillo que aún sin haber pisado jamás una iglesia podía comprenderlo. Nadie me había hablado antes con tanto amor. Comprendí que una mujer tan abrumada como yo deseaba tocar el manto de Cristo. Sorteando todo tipo de obstáculos y aun humillándose lo logró y recibió, en esa misma hora, la sanidad completa. En lugar de preocupación y desesperación, la fe se levantó en mi corazón. Esa noche recibí a Jesús como mi salvador. Le abrí mi corazón y sentí que debía intentarlo también. La multitud era inmensa. Deseaba acercarme también al altar pero era inútil. Recordando la fe de la mujer en la historia, me quité el poncho que llevaba sobre mis hombros y le rogué a las personas que estaban delante que lo pasaran. Gritaba con todas mis fuerzas que lo enviaran hasta el altar donde estaba el evangelista orando por los enfermos. Vi como mi poncho se alejaba y clamaba a los gritos: “Dios tú tienes poder”, “Dios ayúdame por favor”. La multitud comenzó a abrirse y muy lentamente pude llegar hasta el altar. Vi al hermano Carlos Annacondia orar con fervor y de rodillas con la prenda

en sus manos y me eché a llorar. Al terminar, se puso de pie y me dijo: “Entréguele este poncho a su esposo y dígale que lo reciba en el nombre de Jesús”. Nunca olvidaré esas palabras.

Al día siguiente, bien temprano en la mañana, como lo había hecho durante muchos días, fui a ver a mi esposo a la clínica. Él estaba peor que nunca. Un médico me detuvo en el pasillo anunciándome que le quedaban pocas horas de vida. Al entrar en la sala de cuidados intensivos me acerque a él. Parecía casi sin vida. Le pedí que se incorporara y, como pudo, entre los cables y sondas que pendían de su cuerpo, se sentó. Puse sobre él “el poncho rojo”, la prenda por la cual el evangelista Annacondia había orado, me miró unos segundos y volvió a recostarse.

Me quedé a su lado, esperando el milagro. Habían pasado ya dos horas cuando noté que comenzaba a sudar mucho. Asustada, corrí a buscar ayuda. Mientras los médicos lo revisaban, escuché a mi esposo que decía con su voz entrecortada: “Estoy quemándome”. “Hay fuego en mis pulmones”, “¡Estoy ardiendo, me quemo!”. Inmediatamente le hicieron una radiografía de tórax para constatar qué sucedía. La placa revelaba que sus pulmones estaban limpios, impecables! Todos en aquella sala se miraban unos a otros como preguntándose qué había sucedido, llenos de confusión y desconcierto. ¡Jesús lo había sanado a la vista de todos! ¡Él se había glorificado mostrando su poder!

Al día siguiente le dieron el alta. Nunca más, hasta el día de hoy, volvió a sufrir una infección en los pulmones. Ya han transcurrido más de veinte años. Servimos y amamos a Jesús, quien nos salvó y sanó a mi esposo poniendo su gracia sobre aquel poncho rojo.

Durante una campaña en la ciudad de San Martín, una mujer enferma asistía a cada reunión esperando tocar las vestiduras del Maestro. Noche tras noche era la primera en llegar. Se paraba cerca de la plataforma con su mano en alto y allí esperaba recibir su milagro. Comenzó a llamarme la atención, aunque no sabía cuál era su necesidad. La imagen de esa mujer, con sus brazos en alto y sus ojos cerrados pidiéndole al Señor que tocara su vida, no podía borrarla de mi memoria.

Una noche la veo subir a la plataforma para dar testimonio. Con voz potente proclamó:

—Pude tocar a Jesús, pude tocar a Jesús, y Él me sanó.

—¿Cuál era tu enfermedad? —fue mi pregunta inmediata.

—Intervinieron quirúrgicamente una de mis piernas y, como consecuencia, me había quedado diez centímetros más corta que la otra.

Esta joven mujer, de unos 25 años, caminaba totalmente deformada a causa de la diferencia de longitud de sus miembros inferiores. Una de esas noches, ella tuvo la fe y la seguridad de que había tocado las vestiduras de Jesús. Al regresar a su casa y acostarse sintió la pierna

adormecida y escuchó a alguien que le decía: “Ya estás sana”.

Inmediatamente se levantó de la cama y se sentó. Estiró sus dos piernas y pudo comprobar que Dios le había alargado los diez centímetros que le faltaban.

Cada noche esta mujer anhelaba tocar las vestiduras de Jesús. Cada reunión ella buscaba a Jesucristo, y el milagro ocurrió.

El mismo de ayer y hoy

Jesús se fue con él, y lo seguía una gran multitud, la cual lo apretujaba. Había entre la gente una mujer que hacía doce años que padecía de hemorragias. Había sufrido mucho a manos de varios médicos, y se había gastado todo lo que tenía sin que le hubiera servido de nada, pues en vez de mejorar, iba de mal en peor. Cuando oyó hablar de Jesús, se le acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto. Pensaba: «Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana». Al instante cesó su hemorragia, y se dio cuenta de que su cuerpo había quedado libre de esa aflicción.

—MARCOS 5:24-29

Una de las características del ministerio público de Jesucristo en la Tierra era que las multitudes lo seguían. Grandes cantidades de personas iban detrás de Él, y el poder de Dios estaba con Jesús para sanar.

Hombres, mujeres y niños lo seguían, cada uno de

ellos con diferentes necesidades. El común denominador que los unía era que todos estaban buscando algo de Dios. Sin embargo, se describe un caso en particular, el de una mujer que había decidido caminar detrás de Jesús hasta lograr lo que se había propuesto en su corazón: “No descansar hasta tocar tan solamente las vestiduras del Señor”.

Ella había padecido de flujo de sangre durante doce años y gastado todo su dinero en médicos, pero cada vez estaba peor. Un día oyó hablar de Jesucristo, de los milagros que sucedían a su paso, y entendió que si tan solo se acercaba y lo tocaba, sería sana de su enfermedad. Aquella mujer se empeñó en su única esperanza. Buscó el camino por el que Jesús pasaría y comenzó a caminar detrás de Él.

A su paso se encontró con una dificultad: la multitud que rodeaba al Maestro le impedía acercarse. Era muy difícil llegar a tocarlo, ni siquiera podía rozar el borde de sus vestiduras, porque diez, quince, veinte mil personas lo cercaban. Pero, aunque era prácticamente imposible llegar hasta Él, esta mujer estaba decidida a hacerlo. Activó su fe no solamente a través de su mente, sino a través de su cuerpo. Comenzó a marchar detrás de Jesucristo. Nada ni nadie se interpondría en lo que ella se había propuesto hacer. Aunque su cometido parecía imposible de alcanzar y la distancia que la separaba de Jesús era mucha, su corazón estaba decidido a lograrlo. Las dudas habrán cruzado su mente: “No lo lograré”, “nunca podré llegar a Jesús”. Igual continuó intentándolo porque sabía que poder y

virtud salían de Él; pensar en ello la fortalecía en su debilidad. Tenía pocas fuerzas pero había un fuerte deseo en su corazón que no le permitía desmayar. Decía: *“Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana”*.

Entre apretujones y permisos, poco a poco se acercaba al Maestro. Cada vez que la empujaban, caía a causa de su debilidad; la multitud que venía detrás de Él la pisaba y lastimaba. Cuando ellos pasaban, nuevamente volvía a incorporarse y otra vez lo intentaba. Nadie la ayudaba, estaba sola, pero dispuesta a tocar a Jesús; reunía sus fuerzas y se mezclaba entre la muchedumbre.

Cuando parecía que ya estaba próxima para tocar al Señor, volvía a tropezar y a ser pisoteada. Esos aplastamientos desgarraban sus ropas, pero en su corazón continuaba diciendo: *“Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana”*, y volvía a levantarse.

Al borde del milagro

La Biblia relata que la mujer, con un gran esfuerzo, tocó el borde de las vestiduras de Jesús y la fuente de sangre que de ella brotaba, cesó. Ella fue sana y libre de su azote. Inmediatamente Jesús se dio vuelta, miró a su alrededor y dijo: *“—¿Quién me ha tocado la ropa? —Ves que te apretuja la gente —le contestaron sus discípulos—, y aun así preguntas: “¿Quién me ha tocado?”*

Todas las personas que seguían al Maestro querían tocarlo, ¿no querías tocarlo también? Los empujones de la

multitud lo rozaban constantemente, pero algo marcaba la diferencia de aquel toque. Jesús supo que cuando lo tocaron virtud y poder salieron de Él.

Él sabía lo que había sido hecho en esta mujer; y que había sido sana y libre de su enfermedad. Al escuchar que el Señor preguntaba quién lo había tocado, la mujer se sintió descubierta; entonces, temiendo y temblando, se postró delante del Maestro y le dijo la verdad. Reconoció que había tocado el borde de su manto y cómo al instante fue sana. Él amorosamente le dijo: “—*Hija, tu fe te ha sanado!* —*le dijo Jesús—. Vete en paz y queda sana de tu aflicción*”.

Tal como el testimonio que conté al comienzo se asemeja a esta historia que relata la Biblia, tú también necesitas tocar el borde de las vestiduras del Señor, y puedes hacerlo a través de la fe.

Tal vez en tu necesidad te identificas con esta mujer y has intentado de muchas formas alcanzar el milagro, pero ninguna de ellas dio resultado. Cada vez que has caído te vuelves a levantar y a continuar en el camino. Pero debes saber que Él está esperando que tu fe lo toque. Cristo quiere que seas libre de tu azote, libre de tu problema, libre de tu enfermedad.

SOBRE EL AUTOR

Carlos Alberto Annacondia es argentino, nacido en la ciudad de Quilmes, en la provincia de Buenos Aires. Está casado con María, junto a la cual ha formado una familia, a la fecha compuesta de sus nueve hijos y quince nietos.

El 19 de mayo de 1979 entregó su vida a Jesús y, a partir de ese momento, una pasión por predicar el Evangelio cautivó su corazón hasta el día de hoy.

Al poco tiempo de haber entregado su vida a Cristo, en el año 1981, comenzó su ministerio como evangelista, predicando el mensaje de Jesucristo en los lugares más carenciados del Gran Buenos Aires. Al día de hoy, ha recorrido muchos países llevando el mensaje que transformó su vida y su familia.

Es autor del libro *Humillados y El camino hacia la libertad*, publicados por esta editorial.

Para adquirir el libro completo
visita nuestra tienda online:



PENIEL

www.peniel.com